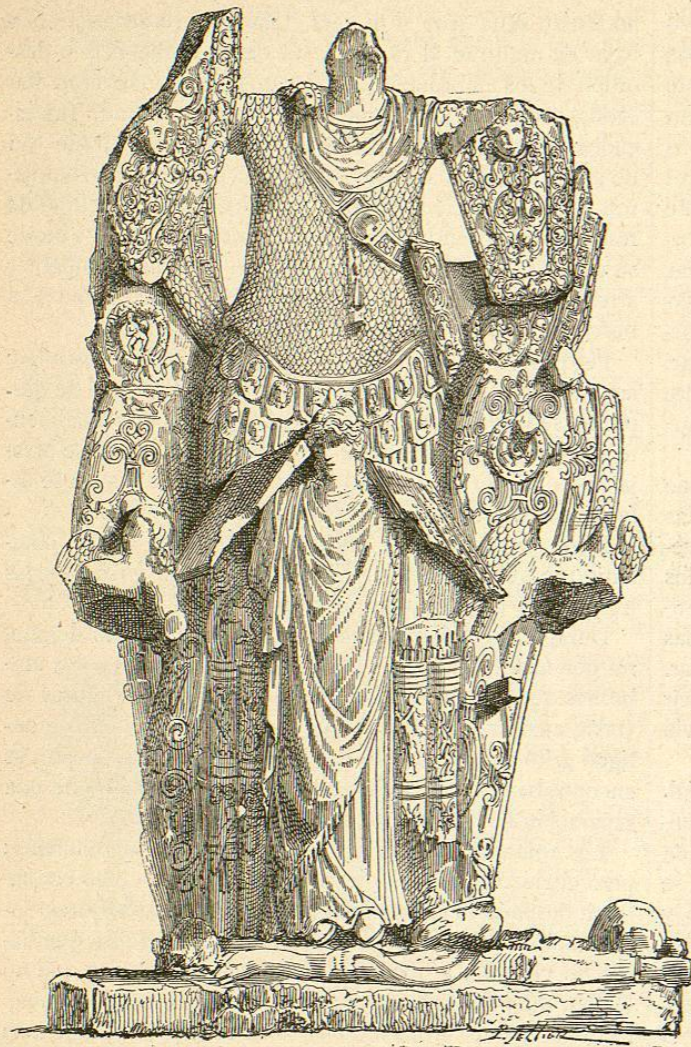


terminado enteramente por el victorioso. Plutarco dice que los cuerpos consumidos en los campos, hubieron de abonar tan bien la tierra, que tuvo luego una fecundidad prodigiosa, y añade que los huesos de los muertos eran tan numerosos, que los marseleses se sirvieron de ellos por espacio de mucho tiempo para cercar sus viñas. Y el villajo de Pourrieres, entre Aix y San Maximino, recuerda aún el *Campus putridus*, el campo podrido, que fué el campo de batalla, el lugar de aquel inmenso sacrificio.

Tres mil hombres solamente se escaparon, y entre ellos, el rey *Teutobokh* y algunos otros caudillos, que procuraron



Trofeos de Mario (1)

volver á la Germania. Los galos habían tenido que sufrir demasiado en la invasión de estos pueblos para no tomar venganza de ellos: persiguieron encarnizadamente á los fugitivos, y el rey *Teutobokh* ó *Teutobod* fué hecho prisionero por los secuanos y entregado á Mario. Era un guerrero de

(1) De Perac. «*Sopra le balastrate (del Campidoglio) sorgono due trofei marmorei, uno per parte, ornati con vittorie e armi diverse, le quali par che indichino i Daci e i Parti debellati. Siffatti trofei abbellivano già il castello dell' Acqua Giulia sull' Esquilino, monumento che volgarmente dicesi i trofei di Mario. Sisto V feceli porre nel luogo in cui si veggono. Da recenti scoperte si ricava che essi furono fatti scolpire per ornare il lato esteriore dell' ingresso alla basilica Ulpia e che eretti vennero a onore di Trajano dalle legioni Valeria e Apollinare, e in processo di tempo trasportati sull' Esquilino.*» (Nibby: *Roma nell' anno 1838, parte antica*, t. II, p. 608.) Véase también (*Revue de numismatique*) el trabajo de C. Lenormant: *les Trophées de Marius*, 1842. El autor los considera como formando parte del *Ninfeo* de Alejandro Severo. En todo caso, bien se ve que, á pesar de su nombre, no tiene nada que ver con Mario.

colosal estatura, que de un salto pasaba por encima de seis caballos colocados de frente. Mario lo reservó para su triunfo, con las mejores armas y más ricos despojos; y con el resto del botín hizo un inmenso cúmulo para quemarlo en honor de los dioses.

Ya el ejército entero rodeaba el montón de combustible y Mario, vestido de púrpura y ceñidos los lomos con su toga como para los sacrificios solemnes, elevaba al cielo con ambas manos la antorcha encendida, cuando vieron venir á rienda suelta algunos jinetes, amigos suyos, que le traían la noticia de haber sido nombrado cónsul por la quinta vez. El ejército manifestó su alegría con gritos de triunfo, que acompañó con el ruido guerrero de las armas: los oficiales ciñeron la frente de Mario con una corona de laurel y el cónsul encendió la hoguera, cuyas llamas se elevaron al cielo entre las alegres aclamaciones de los soldados (102).

Al extremo del campo de batalla se elevó una pirámide en recuerdo de esta victoria; pirámide que existió hasta el siglo xv. Uno de sus bajo-relieves representaba á Mario, elevado sobre un escudo en el acto de ser proclamado *imperator* por sus soldados.

III. — LOS CIMBROS EN ITALIA. — BATALLA DE VERCELLI (101).

La guerra no estaba terminada: se había exterminado á los teutones y ambrones, pero quedaban los cimbro. Cátulo, á quien Roma había enviado para defender contra ellos el paso de los Alpes orientales, no tuvo necesidad de ir tan lejos; las nuevas del alto país anunciaban que el enemigo se dirigía hacia el monte Brenner, desde donde se descende á Italia por los valles del Eisack y del Adige. Establecióse por encima de este río en la vieja ciudad etrusca de *Tridentum*, y para cortar el camino, se fortificó en ambas orillas con buenas trincheras, unidas por un puente. En Trento conserva aún el Adige el curso de un torrente de aguas vagabundas y sin profundidad, y por lo tanto no es un grande obstáculo. La verdadera defensa de Italia está más abajo en Verona; pero no se sabía aún.

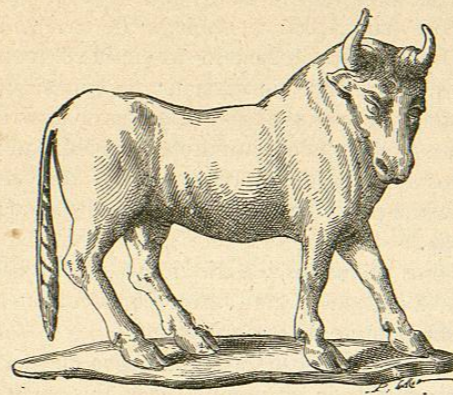
Llegado que hubieron los cimbro, como para burlarse de la timidez de los romanos, que no se atrevían á salir de su campamento, y también para hacer gala de su fuerza y de su temerario valor, se les vió exponerse desnudos á la escarcha, escalar las montañas á pico que se alzaban enfrente de la ciudad, y cuando llegaban arriba, sentarse en sus escudos y abandonarse á la pendiente en el borde del abismo.

No acometieron la empresa de forzar las trincheras de Cátulo, pero intentaron romper el puente arrojando al río árboles enteros, que venían á chocar con los pilares y á quebrantarlos, ó bien hacían rodar sobre él enormes peñascos como si hubieran querido cegarlos. Al cabo de algunos días, espantadas las legiones obligaron á su general á abandonar sus posiciones.

A la orilla izquierda del Adige, había abandonado en un fortín algunos soldados, los cuales se defendieron con tal y tanto valor, que los mismos cimbro, después de haberlos obligado á rendirse, los dejaron ir en libertad en condiciones honrosas, jurando el pacto sobre su toro de bronce. Este toro, tomado después de la batalla, fué transportado á casa de Cátulo como primicias de su victoria.

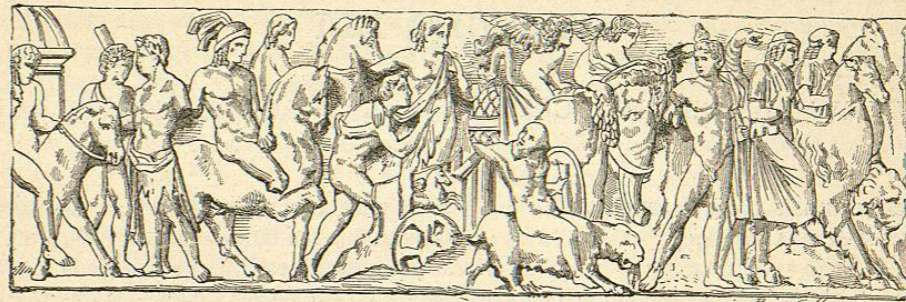
Las legiones no se habían detenido en la meseta de Rívoli, donde habrían cerrado la entrada de las montañas, ni

en Verona, donde hubieran dominado el paso del Adige, ya en aquel punto un río caudaloso; sino que retrocedieron hasta poner entre ellas y el enemigo la barrera del Pó. El país al Norte del río quedaba sin defensa, y los bárbaros hicieron en él grandes estragos. Pero encontrando en aque-



Toro de bronce (1)

llas fértiles tierras víveres en abundancia, permanecieron allí para esperar á los teutones y gozar tranquilamente su victoria. Después de todo ¿á qué apresurarse? Hasta entonces todo les había salido á pedir de boca, y tenían la confianza de que la espada les abriría el camino de Roma, como les había abierto el de tantos otros países. Con esto, en vez



Baco en la India (2)

ber saludado á vuestros hermanos.» Y en diciendo esto, dió orden de que se condujeran allí encadenados á *Teutobok* y demás caudillos prisioneros.

Después de las referencias de sus enviados, no vacilaron ya los cimbro, y Boioris, su rey, se acercó al campamento romano al frente de algunos jinetes, pretendiendo que se fijaran el día y el sitio del combate, á fin de resolver con la espada á quién había de pertenecer Italia.

El cónsul contestó que los romanos no acostumbraban tomar consejo de sus enemigos, pero que á pesar de ello iba á satisfacer á los cimbro sobre este punto y se convino en que se daría la batalla á los tres días, en la llanura de Vercelli.

Los bárbaros fueron exactos á la cita. Llegado el día, se extendió su infantería en batalla en la llanura, formando una falange cuadrada de cinco mil quinientos metros de lado. Los jinetes, en número de quince mil, estaban pomposamente enjaezados; sus cascos terminaban en grandes bocas abiertas y hocicos de animales fieros coronados con altos penachos, semejantes a alas, lo que aumentaba aún la estatura de aquellos bárbaros, ya de suyo corpulentos.

(1) Roux: *Herculano y Pompeya*, t. VI, 1.ª serie, p. 93.
(2) Bajo relieve de un sarcófago, según Zoega (*Bassiril. ant.*). La expedición de Baco á la India era famosa entre los antiguos. Había empleado en ella tres años, según unos, y según otros, cincuenta y dos (Diod., III, 63; VI, 3), y tenido que combatir á poder-

de perseguir á Cátulo, pasaron el verano y el invierno del año 102 en la Transpadana.

Estos acontecimientos obligaron al senado á llamar á Mario de la Galia. Vino á Roma, y rehusó el triunfo que el senado le ofrecía «para tranquilizar á la multitud, pareciendo dejar su gloria en depósito en manos de la Fortuna de Roma,» y con un patriótico discurso levantó los ánimos de todos. Fué sin demora á reunirse con su ejército que había atravesado los Alpes, y á entenderse con su colega para la próxima campaña. Entonces fué cuando Sila, ofendido en su altivez, lo abandonó para servir á las órdenes de Cátulo, que lo acogió honrosamente. Con la tropa que se le dió, supo Sila acumular víveres y tener en abundancia hasta el término de la guerra el campamento de Cátulo, mientras el de Mario sufría privaciones con frecuencia.

Los cimbro seguían esperando que los teutones llegaran para romper las hostilidades, y no querían creer el rumor que sobre su derrota se iba extendiendo. Hasta enviaron á Mario diputados, que le pidieron para ellos y sus hermanos tierras y ciudades donde pudieran establecerse. «No tengáis cuidado por vuestros hermanos, les contestó el cónsul; ya tienen la tierra que les hemos dado y que conservarán para siempre.» A estas palabras se irritaron los bárbaros y prorrumpieron en injurias y amenazas. Mario será castigado por sus sarcasmos, decían, primero por los cimbro y después por los teutones, cuando lleguen. «Ya han llegado, replicó Mario, y no conviene que os retiréis sin ha-

Se cubrían con corazas de hierro y escudos blancos y llevaba cada uno dos lanzas cortas para arrojar desde lejos, sirviéndose de espadas largas y pesadas para el combate.

Cuando el inmenso ejército de los bárbaros se puso en movimiento, hubiérase creído ver, dice Plutarco, avanzar y extenderse un mar furioso. Pero Mario había ordenado hábilmente sus tropas en el campo de batalla. Recordando la posición que Aníbal había tomado en la jornada de Canas, hubo de tomarse como él las ventajas del sol y del viento. Y sucedió que á los pasos de aquella doble multitud que llenaba la llanura, se levantó tal polvareda que muy luego no veían los cimbro lo que tenían delante. Mientras el viento los azotaba arrojándoles el polvo á la cara, los ardientes rayos del sol deslumbraban sus ojos. Con esto, inundados de sudor y jadeantes, se cubrían la cabeza con sus escudos y exponían sus cuerpos sin defensa á los golpes del enemigo.

Los más bravos de los cimbro, para impedir que se rompieran sus primeras filas se enlazaron unos á otros con largas cadenas de hierro que pasaban por sus tahalíes, y esto

sus caudillos. Pero los sátiros y bacantes que lo acompañaban y su poder divino le hicieron triunfar de todos sus adversarios. Luego civilizó el país que había conquistado, introdujo en él el cultivo de la vid, fundó ciudades y les dió leyes. (Estrab., XI, 505; Arriano, *Indica*, 5; Filostr., *Vita Apoll.*, II, 5.) Estas leyendas explican el bajo-relieve y la presencia de la tropa poco militar, que acompaña al dios.

fué su perdición, pues los muertos embarazaban luego á los vivos que quedaban en la cadena. Atacando de lejos los romanos con el fiero *pilum*, hicieron en esta línea brechas



Mario (1)

que no pudieron cerrarse y por las cuales entraban y mataban á sus anchas. Exterminadas las primeras filas, se desbandaron las otras, y los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta sus mismas trincheras. Allí ocurrieron terribles escenas y los romanos no tuvieron ya nada que hacer para que fuera completo el exterminio. Las mujeres vestidas de luto y subidas en los carros, mataban con sus propias manos á los fugitivos, ahogaban á sus hijos, los arrojaban bajo las ruedas ó á los pies de los caballos y luego se mataban ellas mismas. Una de ellas, después de haberse atado á los pies á sus dos hijos, se ahorcó suspendiéndose del empujado timón de su carro (2).

CAPITULO XLI

SEGUNDA SUBLEVACION DE LOS ESCLAVOS Y NUEVAS AGITACIONES EN ROMA (103-91)

I. - SUBLEVACION DE LOS ESCLAVOS EN ITALIA Y EN SICILIA (103-99)

Las dos guerras contra los nómadas y los cimbras habían sido un sangriento intermedio de las luchas intestinas y sus resultados hubieron de ser considerables: la dominación romana consolidada en Africa, y la Italia cerrada por tres siglos á los bárbaros. Pero se había mezclado mucha vergüenza con un poco de gloria, que pertenecía exclusivamente á un hombre: el amor de los soldados y del pueblo, el respeto forzado de los nobles, una inmensa fama, honores divinos... he aquí lo que Mario, cinco veces cónsul, traía á Roma. La ciudad eterna se había librado de los teutones y los cimbras. ¿Quién iba á salvar la república contra las facciones renacientes? ¿Tenía el gran hombre de guerra, como Escipión Emiliano, su maestro, los sentimientos é ideas de un gran ciudadano, ó sólo la mezquina ambición y el odio envidioso del advenedizo? Muy luego lo sabremos.

Lo que Roma había sido antes de los Gracos, eso mismo era aún después de veinte años; sino que había en su seno más miseria y menos esperanza. La descomposición que trabajaba la sociedad romana había alcanzado á los partidos mismos, y en vez de la lucha regular y fecunda entre las dos grandes fracciones del pueblo romano, no veremos ya más que las sangrientas discordias de algunos hombres pudientes que pondrán, como el Breno galo, el derecho en la punta de la espada. ¿Qué partido, es decir, qué necesidades, qué ideas representarán Mario hasta su muerte y Sila hasta su consulado? La historia del hombre que quiso despertar

(1) Busto grabado en una pasta de cristal encontrada en Palestrina con esta leyenda: C. MARIUS, VII Cos (Visconti: *Icon. rom.*, t. II).

(2) Floro (III, 3) y Orosio (V, 16) afirman que estas mujeres hu-

Los hombres, no teniendo á mano árboles de qué colgarse, se echaban al cuello nudos escurrizos, enlazaban el extremo de la cuerda á las astas de los bueyes y los aguijoneaban para que arrancaran á correr, pereciendo así estrangulados ó á los pies de estos animales.

A pesar del gran número de los que se dieron la muerte por su propia mano, todavía hubieron de hacerse más de sesenta mil prisioneros, habiendo sido doble el número de los muertos (101). Eran sin duda un millón de seres humanos, cuando trece años antes abandonaron las orillas del Báltico; de aquella inmensa multitud, no quedaban ya más que algunos millares de cautivos, que los traficantes de hombres iban á poner en venta en los mercados de esclavos de Italia.

Los honores tributados á Mario después de esta victoria probaron una vez más el gran terror de los romanos. Diéronle el sobrenombre de tercer Rómulo y nuevo fundador de Roma. Todos los ciudadanos, á la nueva de su victoria, hicieron libaciones en su nombre; y el mismo Mario se imaginó haber renovado las hazañas de Baco en la India: no quiso ya beber sino en una copa semejante á la de Dionisios, é hizo cincelar en su escudo la cabeza de un bárbaro sacando la lengua. Roma creyó, en efecto, haber ahogado la barbarie entre sus poderosos brazos.

en aquella época el recuerdo de los hijos de Cornelia, el tribuno que fué también un momento rey en Roma, Saturnino, mostrará esta decadencia de la vida interior de la ciudad, y las violencias de un faccioso vulgar sustituirán las grandes escenas de la doble tragedia de los Gracos.

Como el tribunado de Tiberio, el de Saturnino vino después de una sublevación de esclavos. Esta vez partió la señal del centro de Italia: era un anuncio de Espartaco. El primer complot descubierto en Nuceria y otro en Capua, fracasaron. Más peligroso fué el levantamiento excitado por Vecio, caballero romano que, viéndose cargado de deudas, armó á sus esclavos y mató á sus acreedores. Luego ciñó la diadema y la púrpura, se rodeó de lictores y llamó á sí á todos los esclavos de la Campania. El pretor Lúculo acudió á toda prisa con diez mil hombres, cuando el rebelde no había reunido aún más que tres mil quinientos esclavos. Sobre esto, vendido por uno de ellos, se dió la muerte por no caer vivo en manos de su enemigo (103).

El movimiento se había detenido en la Campania; pero había cundido ya en Sicilia, donde los patronos habían olvidado muy pronto los reglamentos de Rupilio. Recientemente, á instancia y reclamación de los príncipes de Asia, cuyos súbditos eran arrebatados á viva fuerza, hubo de ordenar el senado al pretor de Sicilia que pusiera en libertad á todos los hombres libres reducidos por la violencia á la esclavitud. En su virtud fueron emancipados en pocos días más de ochocientos; pero las representaciones y acaso las dádivas de los amos hicieron que se suspendiera la informa-

bieren de solicitar de los cónsules que se las admitiera entre las vestales, y que á su negativa (*cum non impetrassent*) se dieron la muerte. No hay para qué decir que semejante pretensión no se hizo nunca sino en las leyendas.

ción: el *tribunal de libertad* abierto en Siracusa cerró sus audiencias y juicios, y con esto, no esperando ya justicia la *raza herrada*, se sublevó.

Una sorpresa afortunada que puso en manos de los esclavos parte de las armas de la guarnición de Enna, les permitió organizarse militarmente. La turba más numerosa eligió por jefe á cierto Salvio, que reunió á sus órdenes hasta veinte mil hombres de á pie y dos mil de á caballo, y en poco estuvo que no tomara la plaza fuerte de Murgancia. Los esclavos de las cercanías de Segesta y de Libíbea se pusieron á las órdenes del ciliciano Atenión, que se daba por astrólogo, como Salvio por arúspice. Era un antiguo capitán de bandoleros que los romanos habían hecho prisionero y vendido: tan esforzado como hábil, no recibía en sus filas, sino hombres fuertes y ejercitados, obligaba á los demás á trabajar para él y prohibía el pillaje: Mesina, que era para los romanos la ciudad más importante de la isla, estuvo á punto de caer en manos de este insurrecto. Contábase con el desacuerdo y mala inteligencia de los caudillos; pero Atenión reconoció la autoridad de Salvio, el *rey Trifón*, que se hizo un palacio en la ciudad de Triocala. Ni las sospechas ni los malos tratamientos del nuevo rey quebrantaron la fidelidad de su lugarteniente, y cuando Lúculo llegó de Italia con un ejército, que á pesar de la guerra de los cimbras, pudo el senado reunir y enviarle, Atenión aconsejó esperarlo á pie firme y arriesgar una batalla, como en efecto sucedió.

Sostenidos por el valor de su jefe, los esclavos se hicieron firmes, pero viéndolo caer, emprendieron la fuga y fueron á refugiarse á Triocala (102). Después de algunos días de sitio, hubo de retirarse Lúculo, y á la noticia de que se le nombraba un sucesor, Servilio, prodigó las licencias á sus soldados, y aun llevó su despecho hasta quemar las municiones.

Acusado en Roma de haberse vendido á los esclavos, fué castigado con una multa y se desterró.

Todavía fué Servilio menos afortunado que Lúculo, como quiera que Atenión, que no había recibido más que una ligera herida, hubo de reemplazar á Salvio, muerto después de la batalla, en el mando de todos los insurrectos, y desplegó una actividad tan infatigable que redujo á la inacción á su enemigo. Roma se vengó condenando á Servilio al destierro, y se resignó á la vergüenza de enviar contra los esclavos rebeldes las fasces consulares. Manio Aquilio, digno colega de Mario, mató al ciliciano Atenión en combate singular, dispersó luego sus tropas é hizo trasportar á Roma á cuantos pudo haber á las manos, para que fueran pasto de las fieras; sino que estos esclavos condenados á los bárbaros espectáculos del circo, defraudaron los placeres del pueblo matándose unos á otros. El jefe mató al último de los esclavos, y después se mató á sí mismo.

Habían perecido en las dos guerras un número inmenso de esclavos (1). En lo sucesivo los contuvieron atroces reglamentos: les fué prohibido, bajo pena de la vida, tener armas, hasta el chuzo de que se sirven los pastores para defenderse de los animales fieros.

II. - TRIUNVIRATO DE MARIO, GLAUCIA Y SATURNINO (100).

La guerra Servil, como la de los cimbras y la de Numidia, acababa de poner de manifiesto la impericia y venalidad

(1) Ateneo dice que en una sola guerra, en la primera, pereció un millón de esclavos; pero Diodoro no contaba entonces más que 200,000 esclavos insurrectos.

de los nobles. El deshonor de los grandes había devuelto á los tribunos la voz y el aliento: Memio y Mamilio habían acusado públicamente á los culpables y procurado reorganizar el partido popular, que creyendo tener un jefe en Mario, lo levantó al consulado. Sus triunfos y la confianza de los soldados, que no querían otro general, hicieron que se le mantuviera cuatro años en este cargo con desprecio de todas las leyes. En interés de la salud pública hubieron de aceptar los grandes estos consulados del hombre nuevo; pero á la sombra de su nombre y de sus servicios, volvieron los tribunos á encender la guerra contra el senado, sostenidos por los caballeros, irritados por la pérdida de la mitad de las judicaturas.

El desastre de Orange y las concusiones de Cepión sirvieron de pretexto. Apenas llegó á Roma la noticia de su derrota cuando se reunió el pueblo para despojarlo del *imperium*, declararlo incapaz de todo cargo público y confiscarle los bienes. El senado defendió al proconsul, que le había devuelto parte de la autoridad judicial; pero el tribuno Norbano expulsó del comicio á los nobles y á dos tribunos que se oponían á la ley. El tumulto vino á ser tal, que el príncipe del senado Emilio Escauro, fué herido de una pedrada en la cabeza.

Depuesto Cepión, fué reducido á prisión, y un tribuno amigo suyo que lo sacó de ella, tuvo que huir con él al destierro. Según otras versiones, fué estrangulado en su calabozo y su cadáver arrastrado á las gemonías. Dejaba dos hijas que se deshonraron con su conducta; y esta vergüenza y esta ruina de una familia en otro tiempo ilustre parecían á los ojos supersticiosos una venganza del dios galo, cuyos tesoros había robado Cepión. De aquí el proverbio «Tiene el oro de Tolosa,» aplicado al hombre marcado al parecer por una serie de desgracias con el sello de una fatalidad enemiga.

La deposición de un magistrado en ejercicio y la negativa á aceptar el veto de dos tribunos eran dos violaciones de la ley; pero no se tenían en cuenta: la constitución se caía, por decirlo así, á pedazos.

En 104, el tribuno Domicio trasfirió al pueblo la elección de los pontífices, que hasta entonces se había hecho por cooptación; otro privilegio quitado á la aristocracia y un nuevo derecho dado á una asamblea venal: César se abrirá el acceso á los altos cargos comprando en los comicios el pontificado máximo.

El año siguiente propuso Marcio Filipo una ley agraria, y en su discurso se encontraban las pavorosas palabras que hemos citado ya: «No hay en toda la república dos mil propietarios.» La ley fué desechada; pero su colega en el tribunado, Servilio Glaucia, para pagar la asistencia de los caballeros, arrancó á los senadores las judicaturas que Cepión les había dado. Buscando también Glaucia apoyos entre los aliados, aseguró el derecho de ciudadanía á todos los que pudieran convencer de concusión á un magistrado (2) é hizo más severa la ley Calpurnia *de Pecuniis repe-*

(2) Cic., *pro Balbo*, 24. La fecha de esta ley Servilia es incierta, pero debe colocarse entre los años 106 y 101. Walter (*Gesch. des rom. Rechts*, II, 439) dice: *um 650 = 104*. Cicerón sólo habla de los latinos (*Latinis, id est, federatis*) y de las ciudades libres. M. Klenze, el peritísimo editor de la ley *Servilia*, juzga que este privilegio se aseguraba á todos los provinciales. «Era á la vez una indemnización por las fatigas y por los peligros de la acusación y un preservativo seguro contra las venganzas del sucesor en las provincias, interesados en castigar la injuria hecha á su colega y de prevenir, sofocándolas con el terror, aun las quejas más legítimas» (Laboulaye: *Essai sur les lois criminelles des Romains*, p. 241). Madvig y Huschke no admiten los provinciales al beneficio de la ley Servilia, y yo sería de la misma opinión, si en el cap. XXIV no hablara el texto de una manera general de los que *cives*